

ban las armas, ninguno tocó á un cabello suyo. La primera revolucion se dió por satisfecha con los testimonios más insignificantes, los cargos más frívolos y los jueces más parciales para condenar á muerte millares de vicimas; despues de la segunda, los ministros que firmaron los decretos de Julio, los ministros cuya culpabilidad era tan grave y evidente, sólo fueron reducidos á prision por todo castigo. En la primera revolucion se atacó la propiedad; en la segunda se trató como cosa sagrada. Cierto es que ambas produjeron gran perturbacion en el espíritu público, y que una y otra trajeron un séquito de insurrecciones; pero no lo es ménos que despues de la primera los rebeldes fueron en la mayoría de los casos más fuertes que la ley, y que despues de la segunda la ley ha sido constantemente más fuerte que los rebeldes. Cierto es tambien que la situacion actual de Francia (1832) puede con justa causa excitar la inquietud en los que desean verla libre, feliz, tranquila y poderosa; mas si comparamos su estado actual con el en que nuestros padres la vieron, ¡cuán grande y feliz cambio no se advertirá! ¡Qué fuerza, si no, por ejemplo, hubiera tenido una sentencia judicial durante la primera revolucion sobre un partido en armas y victorioso? Si despues del 10 de Agosto, ó de la proscripcion de los Girondinos, ó del 9 de Termidor, ó de la matanza de Vendimiario, ó de las prisiones de Fructidor hubiera fallado un tribunal contra los vencedores y en favor de los vencidos, ¿con qué sarcasmos y burlas y menosprecio no se hubiera recibido su pronunciamiento? Pero no sólo habria sucedido esto, sino que los jueces hubieran ido al patibulo por su temeridad, ó á una colonia mortífera, y su intervencion habria sido eficaz solamente á empeorar la situacion de sus de-

fendidos. Ahora, por el contrario, acabamos de ver que la ley es más poderosa en Francia que no la espada, pues su Gobierno en la ocasion misma del triunfo y de la venganza se ha sometido á la autoridad de un tribunal de justicia, respetando, acatando y cumpliendo un fallo equitativo y libre y digno del antiguo renombre de aquella magistratura á la cual pertenecen los recuerdos más ilustres de su historia; de aquella magistratura que produjo á L'Hôpital en un siglo de persecucion, á D'Aguessau en un siglo de cortesanos, y que en un siglo de locura é iniquidad ofreció al género humano el dechado de todas las virtudes imaginables en la vida y en la muerte de Malesherbes. El respeto mismo con que fué acogida esta sentencia demuestra por sí sólo cuánto difieren de sus padres los franceses de la presente generacion.

¿Cómo explicar esta diferencia cuando raza, suelo y clima son los mismos? Si algunos ingleses honrados, pero de corto alcance, no faltan á la verdad cuando explican los acontecimientos de 1793 y 94, diciendo que los franceses son frívolos y crueles por naturaleza, ¿por qué ahora no funciona la guillotina? No será ciertamente por falta de carlistas, de aristócratas, de ciudadanos culpados de incivismo, de personas sospechadas de sospechosas, sino porque los franceses de 1832 han sido mejor gobernados que los de 1789, porque no han presenciado el espectáculo humillante de los privilegios opresores de una casta, porque han adquirido en cierto modo la costumbre de discutir los asuntos políticos, y de ocupar los empleos públicos; y finalmente, porque han vivido algunos años bajo la influencia de instituciones que, á pesar de todos sus defectos, son infinitamente más benéficas y mejores que cuantas

rigieron hasta entónces los destinos de la Francia (1).

Del propio modo que la segunda Revolucion francesa fué mucho más pacífica que la primera, tambien el último cambio que se verificó en Inglaterra con motivo de la reforma de la Cámara de los Comunes, con ser tan grande y trascendental ha sido más pacífico aún que la segunda Revolucion francesa y que cuantas revoluciones consigna la historia. Sin embargo de ser esto así, y de que ciertos oradores calificaron la reforma de la Cámara de los Comunes de revolucion, no pocos negaron la pro-

(1) A nuestro parecer, la propension del autor á las antítesis, lo ha inducido á error en el caso presente, porque si se admite su afirmacion en absoluto, ¿cómo relacionar, entónces, los horrores y estragos de la *Commune* de Paris en 1871, con el progreso y adelantamiento natural que más de medio siglo de instituciones liberales ha debido producir en el pueblo frances, segun lord Macaulay? Y si tenemos en cuenta que aquel carnaval de sangre y fuego tuvo lugar en plena república democrática y cuando los ejércitos enemigos invadian el suelo patrio, circunstancia esta última tan eficaz á excitar en alto grado las virtudes cívicas, la duda sube de punto. Porque, si se admite, como dice algunas líneas ántes el autor, que la violencia de las rebeliones se halla siempre relacionada con la maldad de los gobiernos que las ocasionan, el argumento se vuelve contra la república, ó sea el gobierno de la defensa nacional, toda vez que la *Commune* fué una rebelion violentísima contra él; y si se admite que la práctica de los principios proclamados en 1793 hace progresar al pueblo frances bajo el punto de vista político, el ejemplo tan reciente de los mismos horrores y crímenes de la *Commune* nos obligará, sin duda ninguna, ó á dudar de la eficacia de esos principios para el verdadero progreso, ó á dudar de las condiciones y aptitudes del pueblo frances para realizarlos; siendo necesario, por consiguiente, atribuir á otras causas la conducta observada por los vencedores de Julio de 1830 con Carlos X y sus ministros.—N. del T.

piedad del término; mas aún cuando el caso se halle reducido en apariencia á serlo sólo de dudosa definicion, presta materia á muchas consideraciones curiosas é interesantes. Porque si se atiende á la importancia de la reforma, se la puede llamar revolucion, y si á los medios á virtud de los cuales se realizó, sólo fué un acuerdo del Parlamento, propuesto, leído, examinado y votado de una manera regular y corriente. Pero así y todo, la historia no registra suceso que más honre al pueblo inglés, por haber sido un cambio que no hubiera podido efectuarse nunca en ningun país del globo sin violencias y sacudimientos materiales, y que se realizó en Inglaterra por la fuerza de la razon y pasando por todos los trámites legales, ejecutando el Parlamento en tres legislaturas la obra de tres guerras civiles, atacándose con valor, y defendiéndose con obstinacion un sistema completo de añejos abusos, fuertemente arraigados, y cayendo sólo á la violencia incontrastable del impulso sin necesidad de poner mano á la espada, ni de confiscar un palmo de tierra, ni de poner en el caso de abandonar su patria y refugiarse en el extranjero á un solo ciudadano. Antes por el contrario, miéntras que la lucha era más empeñada y más viva, el Banco de Inglaterra gozaba de la integridad de su crédito, los fondos públicos se sostenian, los hombres iban tranquilos al trabajo en el campo como en la ciudad, y no se cometió, ni aún en los momentos de mayor agitacion, un solo acto sangriento, y si se hubiera cometido y hecho víctima de él á cualquiera de los hombres impopulares que á la sazón habia en el país, la nacion entera, sin que fuese parte á impedirlo la diferencia de opiniones políticas, habria lanzado un grito de horror y de indignacion.

Tampoco despues de alcanzada la victoria se ha visto abusar de ella á los vencedores. Una parte inmensa de poder ha pasado de manos de una oligarquía fortísima á las del pueblo, sin que los oligarcas vencidos sintieran por eso destruida su seguridad, ni pareciera dispuesta la nación á ejercer la tiranía. ¿No gozan de sus bienes, rentas y honores quieta y tranquilamente aquellos mismos que supuesto diverso estado social habrian sufrido todo el peso de la venganza del partido triunfante, perdiendo la libertad ó teniendo que buscar asilo en tierra extranjera? ¿No participan en los negocios públicos tan libremente como ántes, ó más si cabe? De dominadores han pasado á ser vencidos, y sin embargo de tan radical trasformacion, el pueblo miraria con horror á quien fuera osado á proponer medidas de venganza; estando tan extendidos y arraigados estos sentimientos en la nacion inglesa que la generalidad de sus individuos apénas podrán comprender el mérito de una conducta que nosotros hallamos admirable.

¿A qué deberemos atribuir la moderacion y la humanidad incomparables que demostró el pueblo inglés en esta circunstancia? Lisa y llanamente á ciento cincuenta años de libertad; que, desde hace muchas generaciones, han tenido los ingleses Asambleas legislativas, que á pesar de todos sus defectos de organizacion, contuvieron en la mayoría de los casos individuos escogidos entre las clases populares y por ellas mismas, y no todos ganosos de alcanzar fama y prestigio entre las masas; Asambleas en las cuales reinaba la más completa libertad de discusion, y donde las minorías, por exiguas que fueran, podian hacerse oír, y los abusos, si no remediarse, cuando ménos quedar descubiertos y expuestos á la luz del

dia. Tambien es cierto que desde hace muchas generaciones se hallan los ingleses en posesion del Jurado, del *Habeas corpus*, de la libertad de imprenta, del derecho de reunion para discutir los negocios públicos y del de peticion al Parlamento. Y miéntras una parte muy considerable del pueblo inglés se halla desde hace largo tiempo acostumbrada al ejercicio de los deberes políticos y se siente preparada y aguerrida á las agitaciones que traen consigo, en la mayoría de los demas países no hay término medio entre la servidumbre absoluta y la rebelion declarada. Además, en Inglaterra dura constantemente la oposicion constitucional desde hace siglos, habiendo sido siempre sus instituciones tan benéficas, que han preparado á sus hijos á recibir otras más perfectas sin extrañarlo; como que no hay una sola ciudad importante en todo el reino que no contenga mejores elementos para formar una Cámara legislativa que la Francia entera de 1789; que no hay tampoco en Lóndres un solo círculo de conversacion, cuyo asiento sea el café más insignificante, y en el cual no se comprendan con más exactitud las formas y reglas de discutir que se observaron en la Constituyente, y que no existe, tal vez, en Inglaterra una fraccion politica que no pueda redactar en media hora una declaracion de derechos muy superior á la que por espacio de tantos meses ocupó y preocupó la sabiduría colectiva de la Francia.

Los límites del cuadro que nos hemos trazado son tan estrechos, que nos vedan entrar en el examen, siquiera superficial, de las causas que produjeron la Revolucion francesa. Sólo si diremos que resalta un hecho con notoria evidencia, y es el de que así el Gobierno como la clase noble y la Igle-

sia recogieron la cosecha de lo que sembraron, hallándose frente á frente del pueblo tal cual lo hicieron, y que si las masas entonces asumieron un poder irresistible sin haber adquirido la más leve nocion del arte de gobernar; si los más arduos problemas prácticos quedaron al arbitrio y á la resolución de personas que nunca vieron otra cosa en la política sino asunto de teorías y discursos pomposos; si la Asamblea legislativa fué una reunion de hombres que apenas supo discurrir; si la nacion entera se mostró propicia siempre á dar oídos á cuantos aduladores halagaron sus pasiones, sus vicios y sus instintos de venganza, culpa fué del mal gobierno y resultado natural de su persistencia en seguir un camino peligroso y absurdo, á despecho de los advertimientos más solemnes, y á pesar de los indicios más seguros de que se acercaba la hora de rendir cuenta estrecha de todo á un tribunal ignorante, inexorable y feroz.

Tanto es así como decimos, que las causas del desastre comenzaron á ser evidentes y á producir sus naturales efectos en los tiempos mismos en los cuales parecia gozar la institucion monárquica de la plenitud de su fuerza y vigor, siendo fácil seguir su curso desde el cadalso de Luis XVI hasta el solio de Luis XIV, cuyo reinado presentan los ultra-realistas como la edad de oro de la Francia, no habiendo sido en verdad sino una época de ficticio esplendor, precursora, cual todas sus semejantes, de oscuridad y decadencia.

Por lo que hace á Luis XIV, parece haberse formado ya la opinion para juzgarlo de una manera equitativa. No era gran general ni grande hombre de Estado; pero sí gran rey en una de las acepciones de la palabra, porque nunca hubo maestro más

perfecto que lo fué Luis de Borbon en lo que Jacobo I de Inglaterra hubiera llamado *arte de reinar*, ó *oficio de rey*, es decir, en el arte de poner más de relieve y en mejor luz los méritos de un príncipe, velando cuidadosamente sus defectos. Así es que, áun cuando su administracion interior fuera mala; áun cuando los triunfos militares que tanto brillo dieron á la primera parte de su reinado no fueran obtenidos por él; áun cuando los postreros años de su vida fuesen una serie de humillaciones y derrotas; áun cuando su ignorancia no le consintiera comprender el latin de su libro de misa; áun cuando estuvo bajo la dominacion de un jesuita falso y de una vieja mojigata y más hipócrita todavía que el jesuita, logró pasar á los ojos de su pueblo por un sér superior á la humanidad. Y esto es tanto más extraordinario, cuanto que no se ocultaba de sus vasallos á la manera de los déspotas orientales, cuyo rostro nadie mira, y cuyo nombre no es osado ninguno á pronunciar sino con la mesura y circunspeccion debidas; pues aquel adagio que dice que no hay hombre grande para su ayuda de cámara, él lo desmintió, presentándose á los ojos de todo el mundo cual hubiera podido hacerlo á los de sus más íntimos criados. Quinientas personas se reunian todas las mañanas para verlo afeitarse y vestirse; luego se arrodillaba junto á la cama y hacia sus oraciones mientras el concurso esperaba con muestras de gran recogimiento: los eclesiásticos de rodillas, los seglares con el sombrero delante de la cara. Si paseaba por los jardines de Versalles, iba detras de él una comitiva de doscientos cortesanos; la ciudad entera lo veia comer y cenar; se acostaba rodeado de una multitud tan numerosa como la que asistia por la mañana á su tocador; tomaba los

eméticos con ceremonia, y vomitaba, perdonémos el vocablo, con la solemnidad y grandeza debidas, á presencia de cuantos concurrían por derecho propio y adquirido á sus recepciones más ó ménos aparatosas. Y, sin embargo, á pesar de ofrecerse continuamente de la manera expresada y sin rebozo alguno á la expectacion pública y en ocasiones en las cuales no es posible á nadie conservar mucha dignidad personal, inspiró á sus vasallos y á cuantos lo rodearon hasta el postrer instante de su vida, no sólo respeto, sino adoracion; siendo la ilusion que producía en sus devotos como aquellas á cuya influencia quedan tradicionalmente sometidos los amantes mientras galantean al objeto de su amor, es decir, á una ilusion que inflúa en gran manera sobre los sentidos. ¿Cómo, si no, hubieran creído los contemporáneos de Luis que S. M. era de estatura elevada? Voltaire mismo, que pudo verlo, y que trató á varias personas de su corte, habla con insistencia de su estatura majestuosa, y no obstante, cosa es averiguada y pública que ántes era pequeño que no alto. Pero no lo es ménos que tuvo siempre, á lo que parece, un modo de andar, de enderezar el cuerpo, de sacar el pecho, de erguir la cabeza que á todos engañaba. Ochenta años despues de su muerte, y con motivo del atentado cometido en el panteon de Saint-Denis, en tiempo de la república, vieron sus autores, al sacar su cuerpo del ataúd, que aquel príncipe cuya majestuosa estatura tanto les habian ponderado, era en realidad pequeño (1), pareciendo entónces singularmente apro-

(1) M. de Chateaubriand conviene tambien en esto, diciendo en sus memorias sobre el duque de Berry: «C'est une erreur de croire que Louis XIV etait d'une haute stature. Une cuirasse qui nous reste de lui et les exhuma-

piadas á él, en su sentido literal y figurado, las hermosas palabras de Juvenal cuando dice:

Mors sola fatetur

Quantula sint hominum corpuscula.

Con su gobierno aconteció lo propio que con su persona, pues tuvo el arte de imprimir á entrambos apariencias de grandeza y majestad, cuando la evidencia demostraba de una manera indubitable que así el uno como la otra estaban por bajo de la medida ordinaria y corriente. Pero la muerte y el tiempo se hicieron cargo de poner al descubierto estos engaños, y del propio modo que los revolucionarios midieron la estatura del gran rey con más exactitud que los cortesanos, que no se atrevían en ningun caso á levantar los ojos de las hebillas de sus zapatos, ha sido estudiado su carácter público por hombres libres del temor y la esperanza que sujetó las voluntades de Molière y de Boileau, y por tal manera mientras en la tumba resultó no tener más de cinco piés y tres pulgadas el príncipe tan majestuoso que mereció ser llamado de sus contemporáneos *el rey sol*, en la historia, el héroe y el político resulta no ser sino un tirano vanidoso y débil, esclavo del clero y de las mujeres, pequeño en la guerra, pequeño en el consejo, pequeño en todo lo que no fuera el arte de simular la grandeza.

Este rey legó al niño que le sucedía en el trono de la Francia un pueblo miserable y hambriento, un ejército vencido y humillado, provincias transformadas en desiertos por el mal gobierno y la persecucion, la corte dividida en facciones, la Iglesia destrozada del cisma, deudas enormes, el tesoro

tions de Saint-Denis n'ont laissé sur ce point aucun doute.»

exhausto, palacios inmensos, innumerable servidumbre y joyas y muebles de valor inestimable; como que toda la savia y la sustancia del Estado parecían haberse absorbido para contribuir al desarrollo de una excrecencia linfática, y enferma. En efecto, si la nación estaba yerma, la corte parecía floreciente. Así y todo, los lazos que unían el pueblo á la monarquía no se aflojaron bajo el reinado de Luis XIV, pues si abandonó y sacrificó los más caros intereses de sus vasallos, supo impresionarlos deslumbrándolos de tal suerte, que los mismos abusos que debían haberlo hecho impopular, los prodigios de lujo y de magnificencia de que se rodeaba, en tanto que fuera de las verjas de su parque sólo había miseria y desesperación, ántes parecía subir de punto el amor respetuoso que sentían hácia su persona. Nada es más elemental y cierto sino que los gobiernos existen para labrar la dicha de los pueblos; pero demuestra la historia, sin embargo, que no hay verdad más oculta; y por tanto, nada es parte á maravillarnos ménos que verla tan poco entendida y practicada desde las esferas del poder, sabiendo cuán largo y áspero y difícil es el camino que deben recorrer los pueblos para comprender esta verdad trivial por todo extremo.

Empero había un frances cuya inteligencia logró descubrir por aquel tiempo los principios que al presente nos parece imposible ignorar, esto es, que las naciones no existen para el uso de los reyes; que los gobiernos verdaderamente buenos son aquellos que difunden el bien y lo propagan en el pueblo, no los que concentran y acumulan tesoros de magnificencia en torno de un príncipe; y que un soberano victorioso en los campos de batalla y que dilata las

fronteras de sus Estados á fuerza de conquistas, nunca merecerá el aplauso, sino el odio y el desprecio de la humanidad. Tales fueron las máximas de Fenelon.

Si se considera el *Telémaco* á título de poema épico, no parecerá muy superior al *Leonidas* de Glover, ó á la *Epigoniada* de Wilkie, y si á título de tratado de moral y de política, se verá que abunda en errores de detalle, y que las verdades contenidas en él ántes parecen al lector moderno rebatidas que no predicadas; pero si se compara el espíritu que lo inspiró con el de que se halla penetrada toda la literatura francesa de aquel tiempo, luégo se ve claramente que las *Aventuras de Telémaco* es en realidad una de las obras más originales que se hayan escrito. Los principios fundamentales de la moral política de Fenelon, la piedra de toque con la cual ensayaba la ley de las instituciones y de los hombres, eran de todo en todo nuevos para sus compatriotas, y áun cuando los inculcó, á decir verdad, con éxito feliz á su regio discípulo, para comprender cuán incomprensibles parecían á la mayor parte de sus contemporáneos, se hace necesario leer á Saint-Simon. El cual refiere, como si fuera la cosa más extraordinaria y estupenda, que S. A. el duque de Borgoña se confesaba convencido de que los reyes existían para bien de los pueblos, no los pueblos para bien de los reyes; pero si la bondad contenida en esta máxima lo seduce, su novedad lo sorprende y su atrevimiento lo aterra, y añade que no era prudente difundir estas ideas en plena corte de Luis XIV; palabras notables en boca de Saint-Simon por ser el ménos cortesano de todos. Demas de esto, siempre se halló dispuesto á profesar opiniones contrarias á las generalmente

admitidas en su tiempo; era de carácter altivo, acerbo y mordaz, jansenista en religion, y en política realista muy tibio. Su temperamento y sus principios lo preservaron de la manera de fascinación que la presencia y el porte de Luis XIV producian en otros, acabando por hacerle indiferente y no nada respetable la persona del Rey. Y sin embargo de cuanto dejamos expuesto, y de ser uno de los hombres más liberales que hubiera en Francia, Saint-Simon enmudecía de asombro al oír formular ese axioma fundamental de los gobiernos que nadie sería osado á discutir en nuestros días en Inglaterra ni en Francia, y en orden al que se hallan conformes así el *tory* más tenaz como el radical más intransigente, los realistas como los republicanos de la extrema izquierda.

Sólo teniendo muy en cuenta que Fenelon escribió el *Telemaco* en circunstancias tales de tiempo y lugar que los pensadores atrevidos é independientes daban muestras de sorpresa oyendo decir que veinte millones de criaturas humanas no habian venido al mundo para labrar la dicha ó satisfacer los caprichos, ó los goces, ó las ambiciones de una sola, podrá rendírsele tributo de justicia. Generalmente se considera el libro del arzobispo de Cambray como una obra buena sólo para los niños, en razon á la facilidad de su estilo y á la sana doctrina que contiene, y en ningun caso digna de ocupar mucho ni poco á los hombres de Estado y los filósofos; pero es lo cierto que sin esfuerzo se puede advertir en él los primeros y débiles reflejos de nueva y espléndida luz intelectual, una como velada y misteriosa promesa de redención, y el germen aun no definido de la Carta y del Código.

¡Cuántos intereses y esperanzas descansaban en

el duque de Borgoña, y qué rumbo tan diferente habrían tomado los negocios públicos á lograr él los años de su abuelo ó de su hijo, y poder demostrar los inmensos beneficios que reportó siempre la humanidad cuando las virtudes más esclarecidas tienen su asiento en el trono de los reyes! El carácter brusco é impetuoso de que dió tantos ejemplos en su primera juventud, el cambio tan completo que realizó en él su bien dirigida educación, su fervorosa piedad, su benevolencia suma, la severidad con que se juzgaba en toda ocasion á sí propio, y su manera discreta y generosa refiriéndose á los demas, su valor sin segundo en la corte para resistir los mandatos del Soberano cuando se trataba de sus escrúpulos religiosos, la caridad de que dió muestra defendiendo de calumnias cortesanas al duque de Orleans, á pesar de conocer sus vicios y desórdenes; sus grandes proyectos en orden al porvenir de su pueblo, su actividad y aptitud para los negocios, sus aficiones literarias, los vinculos tan poderosos que lo unian al hogar doméstico, y hasta su misma traza, en cierto modo ruda y tosca, y sus modales tímidos y sin gracia, que ocultaban á los ojos de los palaciegos de su abuelo tantas otras cualidades como tenía tan relevantes, hacian de él la persona más merecedora de afecto é interes de la familia. El Duque habia resuelto, si ocupaba el trono algun día, dispersar aquella corte fastuosa cuyo sostenimiento era la ruina de la nacion; establecer la paz sobre sólidas bases; corregir los abusos que abundaban en todos los ramos del gobierno; abolir ó modificar los privilegios opresores; reformar la administracion de justicia, y restablecer la institucion de los Estados Generales. Si el de Borgoña hubiera gobernado la Francia por espacio de cua-